

LA IMAGINADA VOZ DEL EQUINOCCIO

Iván Carvajal (San Gabriel, 1948) ha dedicado pasión, afanes e innumerables artículos al estudio de los más altos poetas ecuatorianos, Jorge Carrera Andrade, Alfredo Gangotena, César Dávila Andrade, Gonzalo Escudero. Su entusiasmo por el estudio de estos poetas y la posterior acción difundidora le otorgan una cualidad significativa, le hacen un profundo conocedor de la tradición poética de Ecuador. Iván Carvajal cree en la poesía, sabe que los versos deben estar animados por la vida de la cual nacen, que deben convocar al lector hacia un acto no menos reflexivo que emocionado, no menos indagatorio que apasionante. Su poesía se adentra en cuantas complejidades rodean e involucran al hombre habitado de deseos, comprometido en un obstinado empeño por comprender el mundo. El pasado, tanto el histórico como el personal, el amor, la frágil convivencia, los conflictos sociales, la incompreensión, y también la muerte, se hilvanan y deshilvanan en un universo poético a veces sólidamente conceptual, a veces urdido al son de antiguos o arcanos ritmos. El verso libre, cortado con insólita maestría, movido desde las más íntimas pulsaciones, convoca las hondas preocupaciones del hombre, siempre interrogante y siempre conmovido, y las del poeta que se sabe un eslabón más en el larguísimo e intenso vínculo de la tradición poética.

Los dos primeros poemarios, *Poemas de un mal tiempo para la lírica* (1980) y *Del avatar* (1981), forman -después de la edición conjunta definitiva, *Del avatar 1970-1980* (1998)- uno único. En cualquier caso, ambos anuncian rasgos que aparecerán rotundos en obras posteriores. Así, la narratividad que después se contendrá en *Inventando a Lennon* (1997) aparece explícitamente abundante. El sonámbulo paseo, el sostenido deambular por la ciudad de Quito que se operará en *Parajes* (1984) vive en forma de preludio o se insinúa a través del cerco, el asedio a esa misma ciudad en el poemario de 1981. Los acercamientos a concretos ámbitos geográficos preludian los poemas más intensamente telúricos de *La ofrenda del cerezo* (2000). Esta antología recoge una aclaradora muestra de cuantos poemas integran las tres partes de *Del avatar 1970-1980*. Los versos, tempestuosos, avivados en sucesivas torsiones fonéticas, crepitantes en un fragor que nace de una narratividad no exenta de diálogos entre diversos personajes, animada por la intervención de otras voces que se adosan a la del poeta, confieren al poemario un dinamismo equivalente a la acción, entendida tanto en su dimensión narrativa, literaria, como en su dimensión social. Porque pareciera que el poemario pretende ser también crónica de un tiempo, no sólo biográfico, esto es, del poeta, sino también político, de un tiempo concreto en un país concreto, Ecuador. Uno de los elementos álgidos, más rotundamente elocuentes en sabiduría poética, es la sostenida tensión, los encendidos nudos de acción por los que avanza el poemario. También, claro, los dispersos desenlaces de tanto y tan diverso entramado.

El siguiente poemario, *Parajes* (1984), mereció el Premio Nacional de Poesía de Ecuador Aurelio Espinosa Pólit. Ofrece abiertamente una imaginería surrealista, la ilusión o el espejismo de una escritura aparentemente automática, tensas aliteraciones y juegos fonéticos que se adentran en un espacio en que crepita lo inhóspito, en que el hermetismo no permite el sosiego, en que siempre es demandada la reflexión del lector. Puede decirse que el poeta lleva a cabo una labor de extrañamiento lingüístico. La lengua es capaz de plegarse sobre sí misma, las palabras se encadenan unas a otras para insinuar recónditos ecos o, mejor, para expresar un espacio hiriente, un ámbito inhóspito e indescifrable. *Parajes* se interna en una Ciudad innominada que designa, sin ocultación, a Quito. La hace

presente y, tal vez, la hace habitable. Partiendo de la noche, ámbito de la invisible eternidad, del detenido tiempo absoluto e infinito, el poeta logra hacer del fenómeno de la creación poética un instrumento de indagación y síntesis de la realidad, una reinauguración.

Felizmente, esta antología incorpora -en su total integridad- las diecisiete divisiones poéticas de *Los amantes de Sumpa* (1984). La obra arranca con una información extrapoéticas, un hallazgo arqueológico, el doble enterramiento en Santa Elena de un hombre y una mujer jóvenes que fueron depositados cuidadosamente hace unos diez mil años. El poema único que constituye *Los amantes de Sumpa* nace de la contemplación y del asombro. Y los versos avanzan para conseguir que los amantes revivan su amor ante el poeta y ante el lector, pretenden vivificar cuanto de humano hay en la fatiga milenaria de los huesos. El poeta congrega dos vertientes líricas fecundísimas, y lo hace desde la sabiduría de un gran lector de versos, desde la sabiduría que le otorga ser un gran conocedor de la tradición poética. Vincula elegía y canto amoroso, la dolorosa oración fúnebre y el canto de amor. Pero ni una ni otra tradición han hecho presa en el conjunto poético. Así, queda fuera el tono encomiástico y la expansión dolorida propios de la elegía; y también la elevación sentimental o en el encendido vínculo que congrega a la pareja enamorada, elementos propios de la poesía amorosa. Ha sabido dejar a un lado la muerte de los amantes, y, a otro, el amor que les abraza. Logra llevar a cabo una operación tan profundamente introspectiva que le permite colocarse en una orilla que está aún más allá, en la metafísica. No es en la muerte ni es en el amor donde recalán, venturosos y elevados, los versos de *Los amantes de Sumpa*; no es en el pavor o la oscuridad, ni es en la emoción o el ardimiento donde fondean las sílabas como dedos de este alto poema. El poeta reflexiona sobre el tiempo que destruyó y sigue consumiendo a la pareja de Sumpa y la plenitud que en vida les reunió y que aún hoy les abraza. La quilla de los versos hiende en el tiempo, inexorable, aniquilador, inhumano; la proa separa en el avance de las sílabas las infinitas aguas de la plenitud, siempre fugaz, pero vivificadora, y, por encima de todo, humana.

En los labios / La celada (1996), su mero título, propone un enigma. Le sucede una sugerencia. ¿Son dos sintagmas independientes; esto es, *En los labios. La celada*? ¿O son dos versos y, en consecuencia, es pertinente la separación tipográfica con una barra inclinada, *En los labios / La celada*? Es la segunda posibilidad la que abre una más brillante propuesta poética, una más sugerente lectura. El encabalgamiento posibilita una sorpresa no menos gozosa que elocuente. El poemario se halla inmerso en un clima de tensión y de búsqueda. El poeta convierte el desasosiego en expresión, la explosión en medida. La amada, en su dolorosa ausencia, en su monólogo mudo, en su apartadizo silencio, es convocada para, desde el vacío de su desaparición, desde el estremecimiento que provoca su ausencia, formar parte de los versos más bellos, habitarlos. En los labios del poeta queda cumplida la respuesta a la celada que le fue tendida. Sin haberla nombrado siquiera, quizá se haya cauterizado la herida; cuando menos, y desde una perspectiva poética, ha sido posible acercarse a su vertiente más dulce, a su posibilidad menos dolorosa.

Ópera (1997) presenta un desarrollo sólidamente compacto y está inundado por un vívido cromatismo. Habita su universo poético una galería de personajes denominados mediante nombres genéricos singularizados, el Centauro, el Jaguar, el Guardián, el Juglar, la Novia. Todos ellos pueblan un ámbito irreconocible, intemporal, irreal, tan solo imaginado, alejado de cualquier referente posible; quizá próximo a un ámbito mítico, en la medida en que tan sólo puede residir en las complejas urdimbres de la imaginación más acendrada. Entre los diversos personajes se suceden relaciones, movimientos, acciones dramáticas.

Inventando a Lennon (1997) es un alto ejemplo de la más extrema modernidad. Convoca al lector a un preciso y continuado esfuerzo de interpretación, a un enriquecedor diálogo con todos y cada uno de los versos, con todas y cada una de las imágenes. El poemario, así, más que una invitación a la lectura, es un reto a la capacidad de interpretación. El mundo, la realidad dejan de ser estáticos, aprehensibles mediante el ejercicio de la mera contemplación; el hombre debe empeñar toda su voluntad. Y quizá sea especialmente una de esas voluntades, la del conocimiento, la propuesta esencial que anima todo el poemario. De tal suerte que las diversas y continuadas operaciones interpretativas, los diversos y continuados empeños en que debe involucrarse el lector, son las proposiciones y la conclusión del extenso y cabal silogismo que propone *Inventando a Lennon*.

La ofrenda del cerezo (2000) es un universo de luminosidad, es la palabra bendecida, olores, ríos y caudales sonoros, el mundo vegetal, orografía en plenitud, infancia recobrada a pulso en sueños y en recuerdos, el amor, la amistad. En este libro, de una brillantez exquisita, la palabra fulgura limpia y sosegadamente. Tan alta es su intensidad que el recuerdo y la mirada devienen unidad y canto. El poemario designa concretas topografías, o presenta una evocación en que el ámbito espacial es a la vez el objeto recuperado, la casa familiar. Finalmente, se obran culminación y el broche con el poema del cual nace el título del libro, «La ofrenda del cerezo». El poema, vibrante y encendido, restallante del entendimiento y los sentidos, cierra un poemario pleno de sabores, henchido de perfiles. Parece como si este poeta del concepto y de las inquisiciones se abriera paso, después de todos los versos que ha compuesto, hacia un calvero en el bosque. En él ha descansado la mirada. La ha dirigido hacia los árboles que le rodean. Los ha visto encendidos de palabras. Tiende ahora sus manos hacia el lector. Están plenas de cuantas palabras recogió. *La ofrenda del cerezo* las contiene y las dispensa.

Esta antología otorga al lector la ocasión de adentrarse en una obra poética excepcional. El poeta ha incluido la íntegra totalidad de dos poemarios, *Los amantes de Sumpa* y *Ópera*. Del resto de su producción ha elegido poemas enteramente significativos. Alguna vez me ha confesado Iván Carvajal que en la escritura poética busca siempre un modo de acercamiento al enigma del mundo, y que, como lector, desea adentrarse en ese mismo enigma, ahora contenido en el poema ajeno. Que esta confianza, doblemente afirmativa y doblemente comprometida, sirva como carta de navegación a quien se acerque por primera vez a los versos que el poeta ecuatoriano ha preparado en este volumen. Sepa que en su obra encontrará la voz de la abigarrada espesura conceptual e inquisitiva junto a los denodados empeños de quien se sabe siempre habitante de la desolación y la intemperie. En la soledad nace la poesía más intensa, en la reconcentrada indagación silenciosa. De la angustia que brota de esa inquietud, de la dolorosa evidencia de que es la soledad cuanto nos enrasa, delimita y designa, nacen los versos iluminados de este poeta. A comprobar la honda reflexión conceptual y la intensidad rítmica de su pulso convoca esta antología, a imaginar la secreta voz equinoccial.

JUAN GONZÁLEZ SOTO
Tarragona, mayo de 2001